

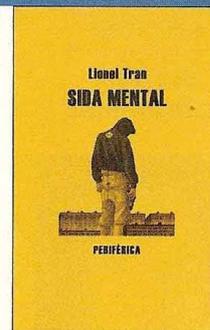
**"Homo Sampler"**  
Eloy Fernández Porta  
ANAGRAMA

Si el señor Herralde –capo de la editorial Anagrama– afirma que sería capaz de comprometerse a devolver el importe de "Homo Sampler. Tiempo y consumo en la Era Afterpop" al lector que no esboza una sola carcajada durante su lectura, tal ocurrencia no es para menos; en poco más de 350 páginas se analiza a fondo el concepto del *trash* en todas sus manifestaciones culturales, haciendo especial hincapié en los fenómenos del *fast food*, la era cibernética e internet, el cómic underground, la poesía basura, el post-rock apocalíptico, el cine de Hollywood y su nauseabundo *star system*, los extremismos del metal en sus vertientes más cafres y un largo etcétera de ideas que fluyen a través de un brillante alarde de estilos narrativos que se combinan con una fluidez portentosa. El falso y ruin sistema de las redes de consumo desorbitado es por fin destapado por este ensayo delirante, de humor cítrico, que premia al lector con un recital de impresiones que fascinan por su alto nivel de riqueza informativa. Junto a "Afterpop", su anterior obra, Eloy Fernández Porta deja constatado una vez más que es uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo y que todos los elogios se quedan cortos para gratificar su esfuerzo por dar una visión de nuestro depresivo mundo y dejarnos con una sonrisa de oreja a oreja. Como versaba el estribillo de aquel tema estandar de la banda de punk Fugazi, "Blueprint": "Nevermind what's been selling / It's what you're buying and receiving undefiled". Matias Bosch



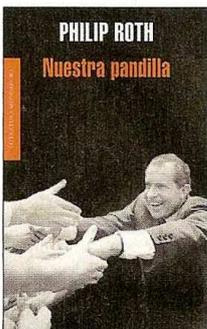
**"La playa de Falesá"**  
R. L. Stevenson  
NAVONA

La experiencia de leer a Stevenson sólo es comparable a la experiencia de leer a Stevenson. El placer de descubrir un libro suyo que estaba olvidado se parece, si acaso, a encontrar doscientos euros en el bolsillo de un abrigo perdido cien años atrás (la acostumbrada analogía de un tesoro enterrado por piratas en una isla sería aquí de una evidencia pornográfica). La editorial Navona, experta en la sabuesa labor de recuperación de obras perdidas de clásicos como Jack London, John Steinbeck o Mark Twain (o Agatha Christie o Voltaire o...) ha editado en un solo volumen dos historias tan diferentes que sólo tienen en común una cosa: pertenecen a la cosmogonía de Stevenson. Y con eso basta. La primera de ellas, "La playa de Falesá", nos lleva de la mano a una isla del Pacífico decorada con el atrezo acostumbrado: buenos indígenas, santos misioneros y civilizados europeos. Cuando ya saboreamos el Paraíso, Stevenson nos despierta de una colleja y empieza su sana guerra contra el romanticismo: los indígenas son unos demonios, los misioneros unos depravados y los europeos no comen con tenedor. Otros parias de la tierra protagonizan la segunda historia, "Las desventuras de John Nicholson", donde un expulsado de Occidente parece haber iniciado una cruzada personal con el objetivo de que su puritanísima familia se muera del disgusto. Las coincidencias con las tribulaciones del propio Stevenson son tan claras que dan igual: su vida y su obra están hechas para que aquí y ahora nos olvidemos de la perra vida. Daniel López Valle



**"Sida mental"**  
Lionel Tran  
PERIFÉRICA

Leo "Sida mental" a toda prisa porque no es posible leer de otro modo un libro que te hace explotar la cabeza. En la contracubierta descubro que la crítica francesa dice: "Céline reescribiendo 'Los cuatrocientos golpes' de Truffaut". Pienso para mis adentros: "Léolo protagonizando 'La Haine' de Mathieu Kassovitz". Los capítulos de "Sida mental" están estructurados por años, los mismos años en los que transcurren las acciones narradas en primera persona por un niño, más tarde un adolescente, un joven en el momento de lectura. A medida que el individuo/robot lector pasa páginas, un creciente desasosiego, salpicado de asociaciones felices –reconocimiento del propio asco en la infancia, reconocimiento del propio asco en la pubertad–, va ocupando espacio como un magma oscuro y nefasto. Además de contaminar de negrura la página en blanco, Lionel Tran, autor francés nacido en Lyon en 1971, escribe espectacularmente bien. La expresión "sida mental" hace referencia a la atrofia de la capacidad inmunológica del cerebro para combatir ideas perniciosas. Este libro ahonda en una idea delicada de cierta violencia íntima –que nos autoinfligimos, que infligimos a lo que nos rodean–, que nace en la infancia, que se obtura y se oscurece a medida que esas pulsiones van convirtiéndose cada vez en juegos más privados y más difíciles de confesar. Este libro hace pensar en esos momentos de reconocimiento terrible en los que uno consigue dar nombre a lo sucio y deplorable que habita en cada uno de nosotros. Ana S. Pareja



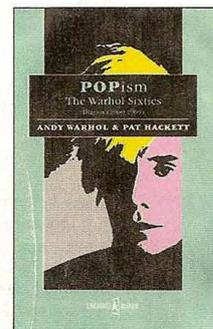
**"Nuestra pandilla"**  
Philip Roth  
MONDADORI

Es una vieja receta política: a gobierno nefasto, sátira bañada en chocolate negro (deliciosa, sí, pero de gusto tirando a amargo). Thatcher tuvo a los "Spitting Images" y el tándem González/Aznar condujo a los guiñoles del Plus a sus más altas cotas, pero antes estuvo Nixon. Y lo de Nixon, por no tener nombre y sí bastante delito, fue un festín tragicómico. Al que Philip Roth llegó sorprendentemente a tiempo, habida cuenta que venía de una reflexión concienzuda sobre el propio ombligo, "El lamento de Portnoy", cuya popularidad se tradujo en no pocas cuitas religiosas, morales y familiares. Será que la magnitud del asunto desafiaba el más feroz solipsismo. Será, de paso, que las maneras de Roth siempre fueron menos autobiográficas que intelectuales. Así las cosas, en 1971 apareció "Nuestra pandilla", descripción en seis actos de la caída terrenal del presidente Tricky E. Dixon (asesinato de *boy scouts* e invasión de Dinamarca incluidos) y su posterior ascenso en la jerarquía política de los círculos infernales. Un retrato feroz que en sus dos primeros capítulos flirtea con lo anecdótico pero, toda vez alcanzada la velocidad punta, se revela tan trabajado, jugoso y memorable como cualquier otra gran pieza *rothiana*. Se sonríe el lector; pasa ansioso la página en busca de la siguiente ocurrencia. Pero, a poco que reflexione, acaba por torcer el gesto. Como en el zapato a Bush, la carcajada se alimenta de sangre. Y aquí el gag no es más que el azúcar con que se camufló el sabor del jarabe. Milo J. Krmpotic'



**"La dulce envenenadora"**  
Arto Paasilinna  
ANAGRAMA

Abrimos un libro de Paasilinna para escapar de lo corriente. Encontramos sentido –y sentido del humor– a realidades del todo engorrosas. Disfrutamos con la acumulación descontrolada –aunque siempre bajo un riguroso control– de circunstancias y acontecimientos, de peripecias que, amalgamadas, hacen entreabrir los labios en sonrisa boba. Le pedimos que nos enseñe el lado liviano, colorido y caleidoscópico de la existencia, a veces tan mortalmente aburrida. Un poco de todo eso hace en "La dulce envenenadora": pertrechado de su habitual ironía, se pone al lado de una anciana a la que, al final de sus días, le toca defenderse con uñas y dientes de la juventud, tres buenos-para-nada que abusan de su buena pasta. Al contrario que en "Delicioso suicidio en grupo", sus protagonistas no pretender quitarse de en medio, sino que se aferran absurdamente a estilos de vida de lo más inadecuado. Y ahí está la buena viejecita, que tampoco tiene el alma inmaculada, experimentando con la química. Justiciero al estilo Bronson, como le gustaba a mi abuela, cuya más mortífera arma es el azar. Tanto más es perseguida, tanto mejor le salen las cosas. Y quizá por esa concurrencia del azar, por desgracia, en este libro echamos de menos un pelín más de compromiso del autor y echamos de más la incomprensible –por vieja y obsoleta– utilización de ese azar como brazo ejecutor de lo divino. Los malos, al final, son castigados, y qué. Claro que ésta, reciente en español, es una novela de hace veinte años. Carolina León



**"POPism"**  
Andy Warhol y Pat Hackett  
ALFABIA

"Nunca llegué a saber si en los 60 pasaron más cosas porque se trasnochaba más, o si la gente empezó a tomar anfetaminas porque había tantas cosas que hacer que necesitaban pasar más tiempo despiertos para hacerlas". El rey de la ambigüedad en todos sus vertientes, Andy Warhol, vuelve a las estanterías con "POPism", editado por Alfabia por primera vez aquí tres décadas después de su publicación. En estas memorias escritas, en realidad, por su secretaria Pat Hackett, Warhol habla de todo: desde sus primeros pinitos en el mundillo del arte (muy divertidos los celos la primera vez que oye hablar de un tal Roy Lichtenstein y el vacío que le hacían Pollock, Jasper Johns y Rauschenberg, que ni le saludaban por considerarlo "demasiado pijo"), hasta su intento de asesinato a manos de la radical feminista Valérie Solanas. La voluntariosa Hackett tomó nota de todo al otro lado del teléfono y, en efecto, el tufillo a chismorreo impregna estas memorias en las que se describe con una fría minuciosidad los excesos de la Factory y esas interminables fiestas en las que, de Judy Garland a Tennessee Williams, todos acaban como las cabras (todos menos él, que no pasaba de ingerir pequeñas dosis de Obetrol, un adelgazante, para mantenerse despierto). Warhol, la antiacción total y cínico hasta la médula, se limita a observar y a absolver el momento. "De vez en cuando, había quien me acusaba de cruel, de dejar que la gente se destruyera a sí misma mientras yo miraba para filmarla y grabarla. Pero no me considero cruel, sino realista". Ja. Leticia Blanco